

Dieciséis de agosto y diario del amor predilecto

Adoniram Ramírez-Hernández
adorh@bachilleres.edu.mx

Anémona

En mi cándida infancia
jugué a ser una madraza
alimentando a mis virtudes hijas,
me sentaba a escribir
con fuego
de flirteo a sol naciente.

Tuve seis huérfanas en mi pubertad,
¿fuiste una de ellas?
tan solo —en la presente adultez— puedo contar las veces
que te has traspapelado
en mis sueños freudianos
salpicados con tu agua asqueada
de ideologías de memoria enmohecida.

Indagué y no hallé vestigios tuyos
diré todo en singular nota:
sustituiré tu psiquismo agrietado
socoyotita, oye, pisa nuestro jardín secreto
y la cama de anémonas en aguas virginales,
para arruinar este silencio.

Nutricia

Iris que refleja tus vestidos retaceros
chepichera solitaria,
cuando naciste sin ayuda de oficios cruentos
tu madre te transportó en dulzura con sus lomos
según una completud de vida, amor nutricio,
entrega moral y vehemencia corpórea.
Te traspuso fragilidad angélica,
un timbre femenino y una mística de voz.

Flor anímica que cae por gravedad

Después de una lluvia de primer tercio de año
quiero que suavices tu seseo en mi sien
dime como hablarte de amor cuando no tengo nexos contigo
dentro de mi diario fértil
arranco una hoja para ensayar como lo haría.
Sobre un suelo tejido de alcatraces
allí nos acostaremos para parlotear por siete minutos
miraremos nuestros rostros intifados por heridas pueriles
y en el eco emocional, callaremos
calla, cala, cata
letras para decir lo que quieres desahogar
heridas por ti, aniquílalas con el ruido precordial
que te lean, en lenguaje propio, hasta que cese la lluvia.

Aguacate

Sinceridad pido,
de tal forma que sea yo
fruto en tus frutos;
apaga esta fiebre gestual
al toque de tu negra túnica
con una sola mano
haz palpar nuestros rostros etéreos,
rocíalos con nerolis sufragáneos
de toque amargo
para desnudar lo incierto.

Enjuaga mi locus de control
a-doméstico
y tu mascarilla verde
de temple cerrero,
muélelas como cáscara de bagatelas rumiantes
llenando mi calicinal de realidad
para beber contigo cuando quedemos
sin alas.

Miércoles, dieciséis de agosto

En nuestras sillas empalmadas
vimos un salero incontinido de sus granos enfrascados
te explicaba que no sabías el significado de auto-vomitarse[r],
en la segunda entrada pude decirte que
soy polvo que será barro
urge agua que urde,
preferimos ir a cobijarnos
y

desde mi ventana salí al encuentro de una llovizna penumbrosa
donde el sol ha elegido fraguar mi cuerpo de origen
sin agua de sobra, sin polvouelto.

Perros sueltos

Recapituarte cada día
para acusarte como si fuese ayer,
utilizando una ley dura
como drama que reprime tu mal.
Despedí el amor, con aves a toque de infarto,
mientras los perros mordían mi memoria
dejé de lado la ternura,
mi corazón convulso adolecía
hinchado y supurado
sin alegría de aceite celestial
recusante de agua en sus ríos interiores
donde quise dormir mi sequedad fastidiosa,
de debilidad impotente
y desear el goce de debilidad omnipotente.

Cercana ausencia de inteligencia

Duerme tu hablar ignoto
ahógala con agua de tus ríos interiores,
con mirada lejana al sol naciente.
En tanto,
fuera de mí
disimulaba todas las noches escrutararte agraciada,
por primera vez invocando
imaginería de tus palabras si fuesen hechos,
cobija de paz;
así arrastré mis labios con palabras mudas.
En mi interioridad quería verte a la fuerza y de lejos,
decepción de suburbio,
aunque la idea de éxito
abrazó la obsesión desdichada,
por ansioso de verte acercarte
hacia mí en libertad tuya.
De tal cosa alejaba mi inteligencia al pensar así,
«el cielo abierto y las aves sin alas»

tan vacío como tu pedagogía de infancia.
Al fin, mi derrotero solitario fue mi respaldo divino
al natural, sin permitir mayores lisonjas,
en esperanza contra esperanza
caminé como hombre sin tener
de qué avergonzarme,
así supe que eras prescindible.

Imposible que en mí no estuvieras
La vergüenza de creer que en el cielo estabas,
cuando miraba al vacío
la falsa agonía emocionalista
hizo creer que llegarías tú.
Socoyota, fue imposible hallarte fuera de mí,
estabas acorazada en mis entrañas,
cielo, exigí verte tras mi ventana,
hasta que estremecí la soledad
con gotas de dolor penitente
y locuras de autocrítica amante.
En fuego palpitante
deseaba día a día palparte,
amando este don desde cuaresma,
tejido purificado
humildad morada,
Socoyotita, gozo pascual,
lecho de geranios
al medio día
como vasto jardín sucedáneo a la soledad,
bajo el cielo y el edén en mi interior
cuando la verdad eterna es superior
al sentimentalismo vacuo.

Morir en espera y por esperanza

El buzón de espera
obliga a leer tus líneas pueriles
que solo es refrescar
en círculos una agonía inmadura.

¿Qué me duele que a ti no te duela?
Es vano preguntarlo
cuando no eres divina.
Te resientes, cavilas venganza astuta,
abres los labios lisonjeros
mientras escucho decir a las aves del edén:
esa mujer trae fruto prohibido.

No espero tan aquello,
la vida se trata de esperar y no buscar
serenidad y no ansiedad
paz y no tentación.
No podré evitar morir en espera
pero valdrá una vida la pena
hacerlo con esperanza.

Obsequiosa toda tú

El tiempo es superior al espacio
El halago es inferior al amor
La conveniencia, sorpresa, reconocimiento,
no es admiración.

El donarse es vaciarse de sí
entendiendo que una persona amada
recíprocamente desea a una persona,
el amor es personalista,
de origen divino
y realismo corpóreo.

En tanto una mujer ponga su fe y esperanza
en recrear instantes masculinos de asistencia
el varón dará pie a una virtud de confirmación
de tal amor.

La mujer decide un hombre a quien permitir,
El hombre elije una mujer a quien preservar hasta la muerte.

Lo primero es sucedáneo,

Lo segundo es eterno.

Lo femenino es secundario,

Lo masculino es primero.